

México, D. F., a 24 de febrero de 1961.

Señor Licenciado
Pedro García Brambila.
Ciudad de México.

Muy estimado compadre:

Acabamos de conocer en esta tu casa, gracias a un encuentro con mi compadre Delgado Arriola, el gran dolor con que la vida, sabia siempre, ha querido perfeccionar los atributos de tu hombría que por alguna razón--la hay aunque nos sea desconocida--necesitaban ese toque supremo.

El animal sufre. El hombre padece. La pasión, dolor con sentido, sentido que sólo puede encontrar el hombre, redime. La confusión, tan común en los humanos, del bien con el mal representa una caída espiritual de la que hay que buscar la salvación. Y la única manera de clarificar esa sombra, es recibir y comprender el mensaje del dolor. El texto inefable de ese mensaje es el único asidero para lograr la purificación, entendida como ascenso del espíritu.

L
Hacemos el mal porque lo confundimos con el bien, y para sacarnos del error, el dolor aparece: nos humilla, nos estruja, nos quema, nos tortura, casi nos desintegra, pero nos acrisola, nos temple, nos enseña. En una palabra, nos salva, porque nos perfecciona puliéndonos el alma. Los débiles sucumben degradándose al buscar con instinto de químico sustancias que adormezcan la sensación mortificante; pero los fuertes, los que saben aprovechar la gracia del padecimiento, reflexionan, rectifican los rumbos de su vida, confrontan las orientaciones que cardinaron sus pasos, y cuando acaban por comprender que confundieron el éxito con la virtud, que equivocaron las apreciaciones ante los valores del mercado y los del espíritu, entonces vislumbran la ruta cierta, constatan la existencia de la gracia salvadora que hay en la pena, y se serenán y hasta cantan como los leprosos de la Escritura. El mundo, compadre, tiene fines y propósitos que no conocemos. Para alumbrar la senda viene el dolor en la proporción en que lo necesitamos; él coopera al bien supremo en el que habremos de participar.

Tu soledad necesita compañía, pero de momento no debe ser cariciosa, porque nada que sea dulce puede servirte, a menos que se te regalara un milagro de resurrección física: la vuelta de tus seres queridos. Pero existen cosas PEORES que su muerte, que tú mismo no serías capaz de desearles. De alguna amenaza de esas quizá fueron salvados; de algún dolor más grande fuiste tal vez liberado tú. En cambio, así, los verás siempre como fueron: amantes y buenos.

Perdóname que te hable así, pero te estoy enviando por mí y por mi familia lo que yo desearía oír ante una desgracia como la que te aflege.--Tu compadre:

Manuel López Pérez